

en el promontorio de Sunio  
PLATON



Tom. V.

Cap. LIX.

VIAGE  
DEL  
JOVEN ANAGARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO LIX.

VIAGE A LA ATICA; AGRICULTURA. MINAS DE SUNIO. DISCURSO DE  
PLATON SOBRE LA FORMACION DEL MUNDO.

-----

Solia yo pasar estaciones enteras en diferentes casas de campo; y habia recorrido tambien varias veces la Atica. Voy pues á reunir aqui las singularidades que me causaron mas impresion en mis viages.

Las tierras están separadas unas de otras con setos ó paredes. Es una institucion muy atinada la de señalar, como se hace, las que están hipotecadas, por medio de unas columnas pequeñas, en donde hay una inscripcion que recuerda las

obligaciones contraídas con el acreedor. Semejantes columnas puestas delante de las casas, hacen ver á todos, que están empeñadas, y el prestador no tiene que temer que otras deudas clandestinas perjudiquen á la suya.

El poseedor de un campo no puede abrir en él pozos, ni edificar una casa, ó levantar una pared, sino á cierta distancia del campo inmediato, determinada por la ley.

Tampoco puede desviar al campo de su vecino las aguas de las alturas que rodean el suyo; pero puede dirigir las hácia el camino público, y entonces toca á los propietarios lindantes, libertarse de ellas. En algunos parages se recogen las aguas en zanjas, por donde se las dirige lejos.

Apolodoro tenia una vasta posesion cerca de Eleusis, á la cual me llevó, á tiempo que estaban en la siega: la campiña estaba cubierta de espigas doradas, y de esclavos, que las derribaban al golpe de su hoz cortante: los muchachos las recogian y las presentaban á los que hacian las gavillas.

Al salir la aurora se echó mano al trabajo, y de él debian participar todos los de la casa. En una extremidad del campo, á la sombra de un frondoso arbol, preparaban los hombres la carne; las mugeres cocian lentejas, y echaban harina en calderos llenos de agua cociendo, para la comida de los segadores, quienes se anima-

ban al trabajo con canciones que hacian resonar los campos.

Animo, amigos, no haya reposo,  
Al campo vamos á trabajar.  
Caiga la espiga, que al firme golpe  
De la hoz de Ceres en tierra da.  
¡Diosa que el trigo nos descubriste,  
Nuestros trabajos presidirás!  
¿Quieres que engruese el rubio grano?  
La mies tendida recogerás,  
Y las gavillas amontonadas  
Mirando al norte colocarás.  
La aurora viene, la cogujada  
En nuestro campo resuena ya;  
Duérmase solo cuando ella sueña,  
Que quien se duerme no medrará.

En otras coplas envidiaban la suerte de la rana, que siempre tiene abundancia de bebida: se burlaban de la economía del mayordomo de los esclavos; y exhortaban á los trabajadores á pisar el trigo al medio dia, porque entonces se desprende mejor el grano de la película que lo cubre.

Llevadas las gavillas á la era, se colocan á la redonda y en capas. Se pone un trabajador en medio, con un látigo en la mano, y en la otra un ramal, con el que dirige los bueyes, caballos ó mulas, que hace andar ó trotar en torno á sí:

algunos de sus compañeros, dan vuelta á la parva, echando la mies debajo de los pies de los animales, hasta que esté bien quebrantada. Otros la levantan al aire con palas: un viento fresco que en esta ocasion se levanta á una misma hora, lleva la paja á una corta distancia, y deja caer á plomo el grano, el que echan en tinajas de barro cocido.

Algunos meses despues volvimos á la hacienda de Apolodoro, á tiempo que los vendimiadores cortaban los racimos, que colgaban de los sarmientos levantados en alto por medio de rodrigones. Los muchachos y muchachas, los echaban en cestos de mimbres, y los llevaban al lagar. Antes de pisarlos, algunos labradores se llevan á su casa los sarmientos cargados de racimos, y cuidan de ponerlos al sol por diez dias, y á la sombra otros cinco dias.

Unos conservan el vino en toneles; y otros en pellejos ó en tinajas.

Mientras se pisaba la uva, oíamos con placer las *canciones del lagar*: así se las llama. Habíamos oido ya otras durante la comida de los vendimiadores, y aun en diferentes intervalos del dia, en los cuales se mezcla el baile con el canto.

La siega y la vendimia se acaban con fiestas, celebradas con aquellos movimientos rápidos que produce la abundancia, y se diversifican segun la naturaleza del objeto. Estando mirado

el trigo como beneficio de una diosa, que atiende á nuestras necesidades; y el vino como presente de un dios, que atiende á nuestros placeres; el agradecimiento á Ceres se anuncia con una alegría viva y templada; y el de Baco con raptos de delirio.

Se ofrecen igualmente sacrificios en tiempo de la sementera, y de segar la yerba: en la recoleccion de aceituna y otros frutos, se ponen tambien sobre los altares las primicias de los dones recibidos del cielo. Los Griegos han conocido que en estas ocasiones tiene el corazon necesidad de desahogarse, y de dirigir homenajes á los autores del beneficio.

Ademas de estas fiestas generales, tiene cada lugar de la Atica otras particulares, en que hay menos magnificencia, pero mas alegría que en las de la capital; porque los habitantes del campo no conocen alegrías fingidas; y así es que toda su alma se explaya en los espectáculos rústicos y en los juegos inocentes que los reúnen. Yo los he visto muchas veces al rededor de algunos pellejos llenos de vino, y untados de aceite por de fuera: los jóvenes saltaban encima á la patacoja, y con sus frecuentes caidas excitaban la risa de todos. A un lado, se perseguian los muchachos corriendo en un pie; otros jugaban á pares y nones; otros á la gallina ciega: otros, apoyándose á un tiempo en manos y pies, imi-

taban corriendo el movimiento de una rueda. Alguna vez los dividia en dos bandas una linea hecha en el suelo , para jugar á *dia ó noche* \*. El partido que perdía , echaba á huir ; el que ganaba corria tras de él , para alcanzarle y hacer prisioneros. Estas diversiones solo las usan los muchachos en la ciudad ; pero en el campo no tienen rubor de entregarse á ellas aun los hombres hechos.

Eutímenes , uno de nuestros amigos , habia confiado siempre el régimen de sus bienes á la vigilancia y fidelidad de un esclavo , á quien habia puesto á la cabeza de los demas. Convencido en fin que el ojo del amo engorda el caballo , resolvió retirarse á su casa de campo , situada en el lugar de Acarnes , á sesenta estadios \*\* de Atenas.

Fuimos á verle algunos años despues , y vimos que su salud , antes debil , se habia robustecido ; que su muger y sus hijos participaban de su felicidad , y la aumentaban. Nuestra vida , nos dijo , es activa , sin agitacion : no conocemos el tedio , y sabemos gozar de lo presente.

Nos enseñó su casa , que estaba recien edificada. Habíala situado mirando al mediodia , para que recibiese en invierno el calor del sol , y

\* Este juego se parece al de cara ó cruz.

\*\* Cerca de dos leguas y cuarto : (cerca de 2 leguas de España.)

estuviese resguardada de él en el verano cuando está en su mayor altura. Entre la vivienda de las mugeres y la de los hombres estaban los baños , que separaban una de otra , é impedían toda comunicacion entre los esclavos de uno y otro sexo. Cada pieza era correspondiente á su destino ; de manera que se guardaba el trigo en un parage seco , y el vino en otro fresco. Los muebles no tenían nada de exquisito y raro ; pero en todo habia sumo aseo. Coronas é inciensos para los sacrificios , vestidos para las fiestas , armaduras y vestiduras para la guerra , mantos y ropa para cada estacion , utensilios de cocina , instrumentos para moler el trigo , vasijas para amasar , provisiones para el año , y para cada mes en particular ; todo se hallaba fácilmente , porque todo estaba en su lugar , y colocado con orden. Los habitantes de la ciudad , decia Eutímenes , mirarian con desprecio este arreglo tan metódico ; pero es porque no saben que esto ahorra tiempo en buscar cada cosa , y que un labrador cuerdo debe gastar el tiempo con la misma economia que sus rentas.

He puesto en mi casa , añadió Eutímenes , un ama de gobierno inteligente y activa ; á quien despues de bien informado de sus buenas costumbres , le he dado un inventario puntual de todo cuanto le he entregado. ¿Y cómo pagáis sus servicios ? le dije yo. Con la estimacion y la

confianza, me respondió: desde que le hemos confiado las interioridades de la casa, la mira como suya. Igualmente atendemos á los esclavos que nos dan pruebas de celo y de fidelidad, abrigándolos y vistiéndolos mejor; cuyas distinciones, aunque pequeñas, los hacen sensibles al honor, y los contienen en su deber, mucho mejor que el miedo de los castigos.

Mi muger y yo nos hemos repartido el cuidado de la administracion: ella corre con el gobierno de lo interior, y yo con lo de afuera. Yo me he encargado de cultivar y mejorar el campo que he recibido de mis padres: Laodice cuida del recibo y del gasto, de la colocacion y distribucion del trigo, vino, aceite y demas frutos que se le entregan: ella es tambien quien mantiene el orden entre los criados, enviando unos al campo, distribuyendo á otras lana, y enseñándolas á prepararla para hacer vestidos. El ejemplo de ella suaviza las penalidades de estos; y cuando están enfermos, ella y yo los asistimos, lo que contribuye á aliviar su padecer. La suerte de nuestros esclavos nos enternece: ; tienen tantos derechos y tantas indemnizaciones que reclamar!

Pasamos por un corral de gallinas, patos, y otras aves domésticas; y fuimos á ver la caballeriza, el aprisco, como tambien el jardin, en donde vimos sucesivamente los narcisos, los

jacintos, las anémonas, los iris, las violetas de diferentes colores, las rosas de varias especies, y toda suerte de plantas odoríferas. No creo que os maraville, me dijo, lo mucho que me esmero en cultivarlas; pues sabeis que adornamos con ellas los templos, los altares y las estatuas de nuestros dioses, que nos coronamos con ellas en nuestros convites y ceremonias santas; que las esparcimos sobre nuestras mesas y camas; y por último, cuidamos tambien de ofrecer á nuestras divinidades las flores que mas les agradan. Por otra parte, un labrador no debe desperdiciar ni aun los menores provechos; y así, siempre que envié al mercado de Atenas leña, carbon, granos ó frutas, agrego algunos canastillos de flores, que al instante los quitan de las manos.

Eutímenes nos llevó despues á ver sus tierras, que tenian mas de cuarenta estadios de circuito\*, y de ellas habia sacado el año antes mas de mil medimnos de cebada, y ochocientas medidas de vino. Tenia seis acémilas, que llevaban todos los dias al mercado, madera y otros materiales, y le daban doce dracmas cada día\*\*. Ha-

\* Cerca de legua y media: (mas de legua y cuarta de España.)

\*\* Diez libras y diez y seis sueldos: (40 rs. y 8 mrs. vn.)

Demóstenes habla de un particular de Atenas, llamado Fenipo, que habia cogido la cantidad de cebada y vino que he mencionado

biéndole oído quejarse de las inundaciones que algunas veces le llevaban la cosecha, le dijimos que por qué no había fijado su estancia en un sitio menos expuesto á semejantes accidentes. Muchas veces, respondió, me han propuesto trueques ventajosos; pero os diré el motivo de no haberlos admitido. Diciendo esto, abrió la puerta de un cercado, en donde vimos un pra-

en el texto, y vendido cada medimno de cebada á diez y ocho dracmas: diez y seis libras y cuatro sueldos (60 rs. y 12 mrs. vn.), y cada *metrete* de vino á doce dracmas: diez libras y diez y seis sueldos (40 rs. y 8 mrs. vn.); pero como dice mas abajo que este precio, quizá por alguna escasez, era triplicado del ordinario, se sigue que en su tiempo el precio comun del medimno de cebada, era seis dracmas, y el de la *metrete* de vino, cuatro dracmas. Mil medimnos de cebada: poco mas de cuatro mil fanegas francesas (916 fanegas castellanas y 8 celemines) valian segun esto, seis mil dracmas: cinco mil y cuatrocientas libras (20,117 rs. y 22 mrs. vn.); ochocientas *metretes* de vino, tres mil y doscientas dracmas: dos mil ochocientas y ochenta libras (10,729 rs. y 14 mrs. vn.): total, ocho mil doscientas y ochenta libras: (50,847 reales y 2 mrs. vn.)

Ademas de esto tenia Fenipo seis caballerías de carga, que llevaban continuamente á la ciudad leña y varios materiales, y le daban doce dracmas diarias: diez libras y diez y seis sueldos (40 rs. y 8 mrs. vn.). Las fiestas, el mal tiempo, y otros trabajos urgentes interrumpian á menudo este comercio: suponiendo que solo se hiciese doscientos dias, hallaremos que Fenipo sacaba todos los años un producto de dos mil ciento sesenta libras (8,047 rs. 2 mrs. vn.), los que reunidos á la partida anterior, darán, diez mil cuatrocientas y cuarenta libras, (58,894 rs. 4 mrs. vn.) por el producto de un terreno que tenia poco mas de legua y cuarta de contorno.

decillo rodeado de cipreses, y nos dijo: aquí está el sepulcro de mi familia; allí mismo, debajo de aquellas adormideras, vi yo abrir el hoyo donde fué enterrado mi padre, y á su lado el de mi madre. Algunas veces vengo á conversar con ellos, y me parece que estoy viéndolos y oyéndolos. No; jamas abandonaré esta tierra sagrada. Hijo mio, dijo entonces á un muchacho que venia en su compañía, cuando yo me muera, me pondrás junto á los autores de mis dias; y cuando tengas la desgracia de perder á tu madre, la pondrás á mi lado: acuérdate de esto. El hijo se lo prometió con lágrimas en los ojos.

El lugar de Acarnes tiene mucho viñedo. Toda la Atica está cubierta de olivos, que son la especie de arbol en que se pone mas atencion. Eutimenes habia plantado muchos de ellos, especialmente á las orillas de los caminos que lindaban con sus tierras; poniéndolos á nueve pies unos de otros, porque sabia que sus raices se extienden mucho. Nadie puede arrancar en sus tierras propias, mas que dos cada año, á no ser que sea para algun uso autorizado por la religion. El infractor de esta ley tiene que pagar una multa de cien dracmas por cada pie al acusador\*, y otras

\* Noventa libras: (353 rs. y 10 mrs. vn.)

ciento al fisco; de las que se destina la décima para el templo de Minerva.

Es muy comun hallar bosquecillos de olivos, cercados con seto, los cuales no pertenecen al propietario del campo, sino que están reservados para el templo de Minerva; y así los arriendan, y su producto se destina únicamente á gastos del culto de la diosa. Si el propietario cortase uno solo de ellos, aun cuando fuese un tronco inutil, se le castigaria con destierro, y con la confiscacion de sus bienes. El areopago es el que entiende en los delitos relativos á las diversas especies de olivos, y envia de tiempo en tiempo visitadores, que cuiden de su conservacion.

Continuando nuestro paseo, vimos pasar por cerca de nosotros un numeroso rebaño de carneros, donde iban, así delante como detras, varios perros para ahuyentar los lobos. Cada carnero llevaba envuelta una piel; cuya práctica, tomada de los Megarienses, preserva el vellon de toda inmundicia que pudiera mancharlo; y le defiende de las espinas y zarzas que podrian romperlo. Ignoro si esto contribuye á hacer mas fina la lana; pero lo que puedo decir es que la de la Atica es hermosísima, y añado, que el arte de teñirla ha llegado al punto de darle unos colores que no los pierde jamas.

Con este motivo supe que las ovejas engordan

mas cuanto mas beben; que para excitarles la sed, les echan sal en la comida; y que en verano principalmente, les dan cada quinto dia cierta medida de sal, que viene á ser un medimno por cada cien ovejas\*; tambien supe que con el uso de la sal dan mas leche.

Al pie de un ribazo, al extremo de una pradera, estaban colocadas muchas colmenas entre romeros y retamas. Notad, nos decia Eutímenes, con qué ahinco ejecutan las abejas las órdenes de su soberana, porque ella es la que no pudiendo tolerar que estén ociosas, las envia á esta hermosa pradera á recoger los ricos materiales, para hacer de ellos el uso conveniente. Ella es lá que cuida de la construccion de las celdillas, y de la educacion de las abejas nuevas, y así que las discipulas están en disposicion de proveer á su subsistencia, ella es tambien la que forma de todas un enjambre y las obliga á expatriarse, guiándolas una abeja, que ha escogido para este fin\*\*.

\* Cerca de cuatro fanegas francesas (once celemines de la fanega de Castilla.)

\*\* Por el pasage de Xenofonte, citado en el texto, parece que este autor tenia por hembra á la abeja principal. Los naturalistas se han dividido despues, creyendo unos que todas las abejas eran hembras, y los zánganos machos; y otros diciendo lo contrario. Aristóteles, que refuta sus opiniones, admitia en cada colmena una clase de reyes, que se reproducian por sí mismos; pero sin embargo confiesa que no habia bastantes observaciones para po-

Mas lejos, entre unas colinas cubiertas de viñas, donde se extendia una llanura, vimos muchos pares de bueyes, unos llevando carros de abono, y otros uncidos al arado abriendo hondos surcos. Ahí se sembrará cebada, decia Eutímenes, este es el grano que se da mejor en la Atica. El trigo que se coge da á la verdad un pan muy agradable al paladar, pero de menos alimento que el de Beocia; y se ha notado mas de una vez que los atletas de Beocia, cuando están en Atenas, consumen dos quintas partes mas de trigo que en su pais; sin embargo de que aquel pais confina con el nuestro: ¡tan cierto es, que se necesita muy poco para modificar la influencia del clima! ¿Quereis otra prueba mas? La isla de Salamina está casi tocando con la Atica, y maduran allí los granos mucho antes que entre nosotros.

Los discursos de Eutímenes, y los objetos que se ofrecian á mis ojos, empezaban á interesarme, pues vislumbraba ya que la ciencia de la agricultura no está fundada en una ciega rutina, sino sobre muchas y continuadas observaciones. Segun parece, decia nuestra guia, los Egipcios nos comunicaron en otro tiempo los principios de la agricultura; y nosotros los hemos extendido asegurarlo. Estas observaciones se han hecho despues, y se ha vuelto á la opinion que yo atribuyo á Xenofonte.

do por los demas pueblos de la Grecia, quienes por la mayor parte, en agradecimiento de tan gran beneficio, nos traen todos los años las primicias de sus cosechas. Bien sé que otras ciudades griegas tienen la misma pretension que nosotros; ¿mas de qué serviria examinar sus títulos? Las artes de primera necesidad nacieron entre las naciones mas antiguas, y su origen es tanto mas ilustre, cuanto mas oscuro.

El arte de la labranza, transmitido á los Griegos, se ilustró con la experiencia; y varios escritores han recogido sus preceptos. Algunos filósofos célebres como Demócrito, Arquitas y Epicarmo nos han dejado instrucciones útiles sobre las labores del campo; y muchos siglos antes. Hesiodo las habia cantado en uno de sus poemas; pero un labrador no ha de conformarse á sus decisiones, hasta el punto de no atreverse á consultar á la naturaleza, y á proponerle nuevas leyes. De ese modo, le respondí yo entonces, si yo tuviese que cultivar un campo, ¿no me bastaria consultar á los autores que habeis nombrado? No por cierto, me respondió, porque aunque indican métodos excelentes, no convienen ni á cada terreno, ni á cada clima.

Supongamos que os destinaseis algun dia á la noble profesion que yo ejerzo: lo primero que haria seria persuadiros á que todos vuestros conatos, todos vuestros momentos son debidos á